MIRÉ LOS MUROS DE LA PATRIA MIA

Autor: “Paco Que Ve Dos”

Me despedí del director del programa de radio en el zaguán del edificio donde vivía. Preferimos tener la reunión en su despacho en vez que en la emisora. Con el “Covid”, Esteban, no solía dar la mano, sin embargo, en esa ocasión, me abrazó al despedirnos. Estrella que se había ido unos minutos antes, no tenía problemas, incluso te daba dos besos. Giré hacia la derecha, cuando llegué a mi coche, me volví hacía La Plaza de España. Se veía perfectamente La Torre Sur.

-Qué bonito -dije en voz alta, detrás un cielo rojo como el fuego, la envolvía.

A unos cincuenta metros, estaba la figura menuda de Estrella que seguramente buscaba su coche. Se llevaba la mano a la cabeza, miraba a un lado y a otro.

- ¿Por qué habré contado esa historia? - volví a pensar en voz alta.

No nos veíamos desde que acabamos la temporada pasada allá por finales de junio, ahora, a mediados de septiembre, tuvimos la reunión para preparar la nueva temporada.

-El día cinco de octubre comenzamos -señaló Esteban.

Estrella y yo hacíamos propuestas y Esteban aceptaba o modificaba, de esa forma tuvimos los nombres de los entrevistables para las siguientes semanas.

- ¿Hablamos con José Lara de “Adelante Reunificacioncitas de Puerto Rico”? -pregunté.

-Mejor para la segunda semana de octubre, el miércoles 12. ¿Por qué no hacemos un programa sobre la Hispanidad y lo invitamos? -dijo Esteban a modo de pregunta retórica.

-Claro que sí y le diré a Moisés que ese día haga referencia sobre el “12 de octubre” en su sección. Podemos traer también a Mabel de “Conocimundo” -volví a hablar.

Seguimos organizando y no recuerdo porqué, pero empecé a hablar de mi niñez.

-Cuando estaba en la EGB*, los libros de textos no eran ni remotamente como son ahora. Eran más feos, pero infinitamente mejores. Había un cuento de Emilia Pardo Bazán, que

releía una y otra vez cuando chaval. No recuerdo el nombre del cuento, pero trataba sobre un niño que su padre se fue a la guerra. Al cabo del tiempo llegaron malas noticias, había muerto.

Para los reyes magos, la madre, con lo poco que tenía, le compró un regalo, un rompecabezas del mapa de España.

El chiquillo, montaba una y otra vez el rompecabezas, cada vez más rápido, pero de pronto se detuvo.

-Mamá -gritó.

- ¿Qué hijo? -La madre se acercó al niño.

- Aquí faltan provincias, falta un trozo muy grande de España.

- ¿Qué falta?

-Falta Cuba.

-Cuba ya no es España, en Cuba es dónde perdió la vida tu padre.

Lo leía una y otra vez cuando estaba aburrido en clase de lengua, cosa que era muy frecuente …

Abrí la puerta del coche y me senté.

- ¿Cómo se llamaba aquel maestro de quinto?, era un poco tosco, pero nos enseñó a amar España contándonos historias de batallas navales, de conquistas, de Viriato, del Cid Campeador, de Hernán Cortés, de Pizarro, Lepanto, Cervantes, Velázquez, Murillo, Bleda, etc…. Todos esos personajes y lugares, llenos de montañas agrestes, selvas inexpugnables, mares olvidados con marinos más olvidados aún. Todo han viajado por mi mente desde los diez años hasta hoy. Don Daniel se llamaba, se llamaba don Daniel -dije escuchando mi propia voz. En séptimo Quevedo -dije y recité:

Miré los muros de la patria mía,
sí un tiempo fuerte, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salime al campo, vi que el sol bebía
los arroyos de yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día

Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

***

Otro recuerdo acompañó al anterior. Una clase de adolescentes, lo mismo te encontrabas a un niño de once años, que a un mozuelo de catorce que había repetido dos veces. Los maestros tenían que bregar con cuarenta chicos o más.

- ¿Que lees Josemari? – me preguntó Aurora, la niña que estaba sentada delante de mí.

Con vergüenza porque entendía que era una debilidad leer poesía, cerré el libro de texto con el poema de Quevedo.

Yo estaba enamorado de Aurora. Ya había desarrollado siendo más alta que yo. Por mi parte procuraba tratarla con indiferencia para esconder ese amor secreto de doce años.

- ¿Estás leyendo otra vez el cuento de Cuba? -dijo Alcori, desde el pupitre de al lado.

-No -contesté de mala gana, habían roto mi intimidad.

-Déjame ver -dijo Aurora. -Tiró del libro y yo tiré también, una hoja llena de tachones voló y cayó al suelo.

- ¿Qué pasa ahí? -dio una voz la señorita de lengua.

- “Ná”, señorita -grité.

- ¿Cómo que nada si vais a romper el libro?

La señorita continúo con un melodrama personal de los que nos tenía acostumbrados, en esta ocasión sobre los libros. Luego pasó hablar de la suerte que teníamos y lo poco que valorábamos el tener una educación. Por último, salió su tema preferido, su sobrino

“Rafalito” que estaba haciendo la mili.

Mientras la escuchábamos, un tal Guillén gateaba sin ser visto por la señorita hasta coger el papel del suelo. Una vez en sus manos, todavía agachado, lo leyó poniendo cara de sorpresa, después de risa. Yo estaba más pendiente del Guillén y la cuartilla, que de la señorita.

-Espera, espera Señorita, mira lo que dice el Luque -dijo riendo, se puso de pie y leyó con una muy mala entonación y gallos.

No hay tiempo alguno
que en ella no piense
pues creo, que mi mismo tiempo
ya es suyo

Y cuando ahondo en las cuencas
De mi cerebro
Sus besos
Mantienen parado el tiempo

Y, ya pueden jugar las agujas del reloj
A dar vueltas
Que serán sin sentido

Porque el tiempo
que entristece los sentimientos
No borran los recuerdos

-El Luque es un poeta, buaaaa. Empezó a reír y con él toda la clase.

-A ver, dame eso Guillén y siéntate.

La señorita lo estuvo leyendo mientras en la clase berreaban burlándose de mí.

-Estás rojo como un tomate, tranquilo hombre no pasa nada – me dijo Alcori que me puso la mano en el hombro.

-Es de Bécquer – le dije con un hilo de voz.

-Silencio -gritó la señorita y todo el mundo cayó de golpe y porrazo.

-No es suyo, es de un poeta famoso – dijo en voz alta Alcori para defenderme.

La clase volvió a su rutina, la gente se puso a hacer los deberes o a parecer que lo hacían. Cuando llegué a casa escribí el poema en un cuaderno para no olvidarlo y lo escondí para

que ni mis padres ni mis hermanos lo vieran.

***

- ¿Quién sale a la pizarra? -preguntó el profesor de matemáticas en la primera hora de clase del día siguiente.

-Que salga el poeta – se escuchó la voz burlona del Guillén.

- ¿Poeta por qué? -preguntó el profesor de matemáticas riendo.

-Que le recite un poema don Paco.

-Pobrecito, dejadlo tranquilo -dijo Alcori.

Mientras yo, escondía la cabeza entre mi cuaderno y la maleta bastante humillado.

***

A los tres días, el incidente se había olvidado y ya no me decían poeta.

Pasado una semana después, un viernes por la tarde, en la calle, me crucé con Alcori y Aurora.

-A Alcori le gusta Josemari - Aurora alzó la voz cuando se pusieron delante de mí.

Miré a Alcori y se puso roja como un tomate.

-Y a Josemari le gusta Aurora -dijo Alcori sacando un papel de una carpeta que llevaba en la mano. -Me dio un vuelco el estómago.

- ¿Eso que es? -preguntó Aurora.

- Lo que leyó Guillén en clase -contestó Alcori.

- ¿El poema de Bécquer? – volvió a preguntar Aurora.

-No, es de Josemari. -dijo Alcori mirándome.

- ¿Cómo lo tienes tú? -le pregunté.

-Se lo pedí a la señorita cuando acabó la clase. -Llevaba en sus manos una semana.

- ¿Que te dijo la “seño”? – Aurora seguía preguntado.

-Me dijo: <Al final no va a ser tan tonto ese lechuguino. No viene ningún nombre, pero tiene que ser dedicado a ti o a Aurora>.

Aurora le quitó el papel de las manos a Alcori y lo leyó.

-Comprendo ahora -dijo y nos miró a los dos.

Me lo devolvió, y tiró del brazo de Alcori que parecía petrificada. Se perdieron calle arriba mientras yo veía como se alejaban.

***

Coloqué bien los espejos del coche, metí la llave y me puse el cinturón. Encendí la radio y apareció como en una ruleta rusa una emisora cualquiera, era la “La Canción del Pirata” de Espronceda, cantada por “Tierra Santa”.

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman,
por su bravura, el Temido,
en todo mar conocido
del uno al otro confín….

A toda voz fui cantando mientras el coche, viejo y desvencijado cruzaba El Prado de San Sebastián bajo las torres de la Plaza de España.

EGB* Educación General Básica contaba con ocho cursos y se empezaba a los seis años.

-